



Tauromaquia y tauromanía en la temática literaria del siglo XIX

José Manuel GÓMEZ TABANERA

Real Instituto de Estudios Asturianos

Hace más de medio siglo (y escribo medio siglo en lugar de cincuenta años, desechando de mi subconsciente toda obsesión de sentirme viejo) que vengo preguntándome en distintos trancos de mi vida cómo pudo forjarse a través de las tradiciones populares/culturales, pero también de la idiosincrasia patria, ese nexos entre el toro y el hombre que terminará por desembocar en la, bien o mal, llamada «fiesta nacional», sobre todo al considerar sus límites, ya durante el siglo XIX, ya durante el XX, que termina con este año. El interrogante me ha venido acuciando cada vez más vivamente en los últimos decenios en mi calidad de antropólogo, pero databa, como digo, de bastante atrás, desde mis años mozos cuando allá en los cuarenta, en la postguerra civil, las actividades de mi padre, profesor de equitación militar retirado, activo hombre de negocios y ganadero, me permitieran tratar a muchas gentes del mundo de la hípica pero también del universo de los toros, a partir de las tientas anuales que tenían lugar en una dehesa de mi familia junto a El Escorial («Mojadillas») y en otras aldeañas, a las que se llegaban, con tal ocasión, ganaderos y empresarios como Atanasio Fernández, Pedro Balañá, Remigio Thibeau o el duque de Pinohermoso; toreros como Domingo Ortega, Antonio Bienvenida, Manuel Rodríguez *Manolete*, el mexicano Carlos Arruza, *El Albaicín*, Miguel Báez, *Litri* y un Luis Miguel *Dominguín*, aún soltero; rejoneadores como Álvaro Domecq, Ángel Peralta y Julián Cañedo; escritores y poetas notorios como Natalio Rivas, José María de Cossío, Eugenio Montes, Manuel Halcón, Adriano del Valle, Antonio Díaz Cañabate, Víctor de la Serna, Rafael de León, Ángel María de Lera, Luis Escobar, pero también críticos taurinos como K-Hito, Gregorio Corrochano, Vicente Vera... Toda una muchedumbre abigarrada, entre la que no faltaba alguna *pretty woman*, a la que el «niño pijo», que quizá era yo entonces, no pudo conocer debidamente, salvo alguna excepción. Recuerdo, no obstante, las peroratas de José María de Cossío o del Conde de Colombí

quienes, entre la tufarada de la carne trémula de las vaquillas herradas al prorrumpir en anécdotas y comentarios docentes y discentes, me hicieron saber aún imberbe, y burla burlando, de los toros de antaño y sus diferencias con los de hogaño (entiéndase de los de hace medio siglo). De esta forma, supe por vez primera de la taurofilia, allá en el siglo XVIII, de Nicolás Fernández Moratín (1737-1780), de los aguafuertes de Goya, de las tauromaquias -196- canónicas de Daza, *Pepe-Hillo*, y Montes; de la manía que tenían los krausistas y las gentes de la Institución Libre de Enseñanza a los toros como manifestación de atraso y barbarie, e incluso, de las andanzas del atrabiliario Eugenio Noel.

Con el tiempo y los años, seleccionando mis saberes y mis tertulias, llegaría incluso a saber cosas estupendas, como que la cigarrera Carmen, heroína de Próspero Merimée (1845), no era sevillana, sino navarra; que con nuestro siglo muchos toreros acabaron dejando el «traje de corto», resabiándose y metamorfoseándose en auténticos intelectuales y notorios personajes que nada tienen que ver con los que nos pinta el mexicano Fernando Botero. Toreros que incluso llegaron a pulirse y hacerse personajes políticos -ahí está Luis Mazzantini- y pudieron alternar, ya en nuestro siglo, con un Pérez de Ayala o un Ortega y Gasset, cuando no posar para un Pablo Ruiz Picasso o un Daniel Vázquez Díaz, pongamos por caso.

¿Qué más? Estas consideraciones preliminares os harán comprender el porqué he elegido como tema de mi comunicación la tauromaquia y tauromanía del XIX, que harían posible las del siglo actual. Pero a la vez, el tratar tal tema me da oportunidad para ensamblar viejos recuerdos de mocedad y con ellos ordenar algunas ideas, ya en la orilla del estanque dorado, pensando que ello pudiera servir de algo a los que podéis escucharme.

Es indudable que tauromaquia y tauromanía dan siempre para mucho, incluso más que para nutrir la temática literaria del siglo XIX y la elaboración de un particular canon. Esto hace contemplar a las corridas de toros con una óptica distinta a la que asumen ante los antropólogos o los mismos historiadores de religión cuando se empecinan en investigar los orígenes de la lidia y los posibles inicios rituales del remoto nexo que se percibe entre el hombre y el toro⁴³⁰, nexo muy distinto al que puede crearse entre el hombre y el caballo, o cualquier otro animal, más o menos familiar. Nexo o relación que hizo posible -trascendiendo de una remota venación o del mismo mito-, eso que llamamos, ya «lidia», ya «tauromaquia», y que dio lugar a ese atroz combate que Juan Gualberto López, Conde de las Navas, denominaría «el espectáculo más nacional»⁴³¹, independientemente otras relaciones, ya deportivas, ya lúdicas, ya sociales, ya rituales que puedan buscarse entre el hombre y la bestia, despertando pasiones encontradas, sobre todo con la emergencia de la llamada «afición», que, institucionalizándose, logra, imponerse al rechazo de los primeros Borbones ilustrados y alimentar indecisiones de polígrafos tan notorios como don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Miguel de Unamuno⁴³².

-197-

Antecedentes

Prescindiendo aquí de remontarnos a la Antigüedad y al Medievo, optaremos a la hora de referirnos exclusivamente al siglo XIX, por recordar que, cuando éste se inicia, ya habían logrado personalidad propia los que cabría llamar «profesionales del toreo»,

que hasta el siglo XVI apenas contaron de notoriedad alguna en los festejos taurinos. Sin embargo, lograrán trascender de la infamación secular que sufrían desde, pongamos por caso, tiempos de Alfonso X el Sabio⁴³³, para prestigiarse, desde el momento en que el mundo peninsular, estamental y caballeresco, de resabios feudales y que venía siendo sostenido por la agricultura, entra en decadencia con las llamadas «crisis agrarias». De esta forma, con los primeros años del siglo XVIII se hizo habitual y admitido el contratar «lidiadores» para enfrentarse con vara larga y rejonear a los toros. Recordemos así, un festival taurino de finales de febrero de 1729, en el que el cabildo sevillano contrató a tres «profesionales», dos de ellos los hermanos Pedro y Antonio Bertendona, que habían triunfado en la Corte. Cada uno se acompañaba de tres o cuatro decenas de lacayos⁴³⁴. Las cuadrillas toreras, encabezadas por varilargueros a caballo, empezaban a ser realidad. Y con ellas, el orden de la lidia y las modernas plazas de toros⁴³⁵. A fin de cuentas, se intenta conseguir una síntesis entre diversos festejos rurales, con toro incluido, y alardes caballerescos, pero a la vez cambiarlos de manera que lo que hasta entonces era una fiesta participativa, en la que brillaba la nobleza, se convirtiese en espectáculo del vulgo. Esto sucedió cuando los «matadores», ascendidos a «profesionales» (expertos en lidia de toros), hicieran innecesaria la participación de los nobles, y el pueblo hace suyo el ritual/espectáculo hasta el punto de que, a fines del siglo XVIII, no es una deshonra lidiar por dinero, sino un timbre de honor y gloria. En ese sentido, las pautas parece darlas la Maestranza de Sevilla⁴³⁶. De acuerdo con esto y la profesionalización de -198- otras facetas de la vida humana (industria, ejército, administración pública), que se hacen patentes en la España ilustrada de los Borbones, empiezan a configurarse las ganaderías bravas mediante la selección estírpica (aún no se sabía nada de genética y zootecnia, aunque se barruntase) y se construyan anfiteatros, plazas y cosos *ex-profeso* para correr toros, poniendo a la venta localidades varias de acuerdo con el rango social del espectador. El nacimiento de la llamada burguesía urbana, impondría la «privatización» de la fiesta. Dejaría, así, de celebrarse en la plaza pública o de armas del lugar y se abandonaría la financiación colectiva para sostenerse con el importe de las localidades.

Mediado el siglo XVIII, los antiguos lacayos que auxiliaban a los caballeros cobrarán independencia y protagonismo. Se presentan los primeros contratos con estoqueadores, es decir, *matadores* de toros a estoque. Los caballeros en plaza, inician su declive pese a que durante un siglo precederán a los toreros de a pié en la organización de la fiesta.

Emerge así la «moderna» corrida de toros, al presentarse en un ámbito urbano y burgués en los inicios de la Ilustración europea que quizá olvida los posibles orígenes del espectáculo en ritos y mitos que pudieron configurarse en la prehistoria del Creciente Fértil y del Mediterráneo Antiguo, impetrando la fecundidad agraria de siempre, en variopintas deidades tauromorfas⁴³⁷. Ahora empero, en la España ilustrada se cuenta con la colaboración del ejercicio ecuestre de la aristocracia. Aunque nadie se detuviera a considerar el porqué pudo ocurrir así.

Esto coincide con la publicación de un singular opúsculo: *Cartilla en que se proponen las reglas para torear a caballo y practicar ese valeroso, noble ejercicio con toda destreza*, Madrid 1726, de un tal Nicolás Rodrigo Noveli⁴³⁸. Librillo que no cambiaría el rumbo tomado por las fiestas taurinas. No tardarán así de incorporarse a la lidia los llamados «tercios»: el de varas, el de banderillas y el de muerte. Los dos primeros, quizá tuvieran su origen en la venación y el toreo caballerescos y en las

capeas rurales. El tercio de muerte (cuyo protagonismo asumirán matadores de toros profesionales), será el más incisivo. En realidad, al terminar el siglo XVIII, el «matador» se ha convertido en cabecilla de la «cuadrilla». Y ¿por qué no?, en héroe e ídolo de las gentes.

No obstante, medio siglo antes no ocurría así. Los caballeros en plaza -varilargueros y puyeros- aún conservaban cierta preponderancia. Como muchos rejoneadores que he alcanzado a conocer, aguantaban al toro desde corceles de su propiedad debidamente domados para el evento, con objeto de garantizar la brillantez de las suertes. Tras detener a la res con la vara, «rejoneando», buscaban la vistosidad y la inmunidad del caballo. Pero sus suertes fueron relegadas por el toreo de capa y por la suerte de matar a estoque. Algunos caballeros se convirtieron, así, en auxiliares (picadores), moldeando al toro y atemperando su fuerza -sin importarles un ardite -199- la suerte de los, ahora, jamelgos desamortizados-, con objeto de que los toreros de a pié lo tuvieran más fácil. Se abriría así una nueva concepción del toreo, en la que se admitía que la muerte del caballo era necesaria para la brillantez de la lidia a pié. Por entonces no existían los petos, a imponerse en el siglo XX.

De 1777 data la primera tentativa de explicar los orígenes de las corridas que empezaron a interesar a costumbristas y literatos. De aquí que Nicolás Fernández Moratín, a quien ya hemos citado en los inicios de nuestro discurso, escribiese su *Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España*⁴³⁹, especie de memorial que redacta a instancias del Príncipe de Pignatelli⁴⁴⁰. En dicho escrito veía en tales fiestas taurinas, más que un producto de los juegos romanos (*ludi*), algo autóctono, quizá una forma de venación muy antigua -la misma que en el siglo XVI ya contempló Gonzalo Argote de Molina⁴⁴¹- pasando a convertirse en algo practicado por musulmanes y cristianos durante todo el Medievo. Tesis ésta que inspiraría al pintor Goya mucha de su temática taurina y entre ella la serie de grabados a buril que conocemos como *La Tauromaquia* y que presentan leyendas escritas por el propio Goya en los mismos grabados.

A la *Carta histórica...* de Moratín no tardaron en salirle objetores. Tal, un significativo escrito autodefinido como exordio: *Crítica contra la Carta de Moratín en defensa de la nobleza española aficionada a torear*, en la que se presentan particulares alegatos a concretos testimonios aducidos por Moratín⁴⁴². No es este lugar y momento para examinarlos, pero cabe recordarlo aquí por si alguien se interesase en descubrir su autor hasta ahora ignoto.

Por entonces, las llamadas fiestas de toros habían sido catalogadas un tanto subjetivamente por el ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), quien en 1796 publica su celeberrima *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*. En la misma, el ilustre polígrafo ponía en duda que las corridas de toros pudieran considerarse «diversión nacional»⁴⁴³. Trabajo éste que, pese a su valor intrínseco, fue puesto en solfa por -200- algunos y que, a la larga, quizá influiría en su desgracia, ya que dio pie para que pudiera atribuírsele el opúsculo *Pan y Toros*, publicado el mismo año y en el que se da un desgarrado reflejo de la España borbónica, mayormente analfabeta y exangüe, a quien gobernantes corruptos amodorraban, al igual que los déspotas de Roma, con gabelas alimentarias y juegos circenses (*Panes et circenses*). Opúsculo anónimo en el que se arremetía implacablemente contra las fiestas de toros y fue el primero de una serie de impresos y

realizaciones que adoptaron, ya en el siglo XIX, su título como lema. Hoy sabemos, sin embargo, que el anónimo autor de *Pan y Toros* no fue el desventurado Jovellanos, aunque muy bien pudo ser su inspirador, según se deduce de una carta que escribió a José Vargas Ponce⁴⁴⁴. La autoría del panfleto correspondería así, si no al mismo José Vargas Ponce, a León de Arroyal, autor también de *Cartas político-económicas*, feroz crítica de la monarquía de Carlos III⁴⁴⁵.

Recordando todo esto, hemos trastocado la exposición de nuestro discurso. Pero quizá no importe demasiado. Lo que importa es subrayar que las fiestas de toros siguieron en auge y que a nadie se le ocurrió, entonces, pensar cómo evolucionarían. Esto, en realidad, sucedía desde tiempo atrás, hasta el punto de que, incluso los propios profesionales, se habían dado cuenta de ello, como lo demuestra un curioso manuscrito que pudo conservarse en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, cuyo autor fue un varilarguero consagrado, José Daza. Su título, lo dice todo: *Precisos manejos y progresos, condonados en dos tomos, del más forzoso peculiar arte de la agricultura, que lo es el del toreo, privativo de los españoles* (1778), obra en la que Daza recoge sus propias experiencias⁴⁴⁶.

Para entonces, hacía ya años que se habían impuesto los estoqueadores, consolidándose nombres, cuadrillas y dinastías de toreros. Se habían también fijado los lances de la lidia y brillaba el nombre de Joaquín Rodríguez, *Costillares* (Sevilla 1729-1800), a quien se considera inventor de la verónica y del volapié. Suertes ya conocidas y practicadas, pero que el diestro sevillano supo estilizar y hacer suyas. Asimismo, convirtió la muleta, de orígenes controvertidos⁴⁴⁷, no sólo en artificio imprescindible para entrar a matar sino también en útil para doblar al toro en el último tercio.

En Cádiz y en 1796 -el mismo año en que se publica *La Memoria* de Jovellanos y el anónimo *Pan y toros*- se publica otro texto, hoy clásico, cuya autoría se atribuye un conspicuo discípulo de Daza, el matador José Delgado, *Pepe-Hillo* (Sevilla 1754-1801), bajo el título *Tauromaquia o arte de torear* y cuyo subtítulo reza: «obra -201- utilísima para los toreros de profesión para los aficionados y toda clase de sujetos que gustan de toros». Hoy sabemos que se trataba de un libro inspirado por el torero, pero que escribió, al parecer, el aficionado don José de la Tixera⁴⁴⁸, dado que *Pepe-Hillo* era casi analfabeto. Hoy también, dos siglos después, cabe considerar la *Tauromaquia* como un tratado didáctico que quiere mostrar la técnica y habilidades profesionales con objeto de salir bien de la lidia. Bajo principios un tanto ilustrados, su redactor presenta reglas para el conocimiento de los toros y para adecuar la ejecución de las suertes a sus condiciones⁴⁴⁹.

Cabe señalar que por entonces, las corridas habían logrado ya tan particular predicamento que se consideraron dignas de atención y comentarios, no sólo por parte de escritores de fuste, sino de los que habría de llamarse «cronistas taurinos». Por lo que sabemos, las primeras reseñas taurinas se publicaron en el periódico *Diario de Madrid*. Así, el 20 de junio de 1793, se publicó la primera crónica taurina de un festejo que, en sesiones de mañana y tarde, se había celebrado en la Corte el 17 del mismo mes y año, teniendo como protagonistas a los hermanos Pedro, José y Antonio Romero, miembros de la famosa dinastía rondeña. Entre los tres, según relata el anónimo cronista (*Un Desconocido*), se despacharon 16 toros.

Cabe señalar que, en la misma reseña, se habla del empleo de «banderillas de fuego», puestas a las reses que no aceptaron cierto número de varas. Por entonces, no existía regla alguna que indicase que toro debía sufrir tal castigo, pues todo se dejaba a la voluntad del presidente de la corrida. No obstante, sabemos que, a veces, las «banderillas de fuego» se ponían inmerecidamente a las reses para afrentar al ganadero.

La reseña histórica que comentamos, no tiene desperdicio. En ella se especifica que diez toros -que no eran como los actuales- recibieron 110 puyazos y fueron muertos de once estocadas, la suerte dominante. Conviene recordar que si las corridas eran un tanto distintas a las que tendrían lugar durante el XIX, incluso el XX, las «novilladas» no estaban aún definidas. En realidad, hasta mediados del XVIII no se anunciaron como tales. La denominación se aplicó, más bien, a un alarde en cuyo transcurso un cornúpeto embolado era muerto fuera del ruedo tras haber sido lidiado en él, aproximándose el espectáculo a una capea rural. Tales novilladas, resultaban un tanto amenas al sumársele componentes cómicos: mojíngangas, pantomimas, e incluso fuegos de artificio. Sabemos que, hasta finales del XVIII, las corridas de toros se aderezaban incluyendo, en las mismas, una novillada. Finalmente, el público acabo hastiado, por lo que fue sumado al espectáculo, la lidia y muerte del bóvido, como en las corridas.

A veces, el espectáculo propiciaría la tragedia, más, cuando el matador se había convertido en ídolo popular. Tal es el caso de *Pepe-Hillo* (1801), cuya muerte llorarían -202- las duquesas y hasta la reina María Luisa. Tras su cogida mortal por no escuchar el consejo de Pedro Romero, fue trasladado al palco de la duquesa de Osuna, que en 1778 le había regalado un traje bordado por el afamado Bernardino Pandeavenas y que había costado casi 7.000 reales. Sabemos de regalos similares. Así el que Cayetana, duquesa de Alba, regaló a José Romero y que también pudo haber más, propiciando un escándalo (1787), que trajo como consecuencia el confinamiento de la duquesa de Alba. El *affaire*, llegó a ser comida nacional, incluso llegó a ser comentado un tanto indiscretamente por una visitante francesa⁴⁵⁰. Al parecer, la duquesa, alucinada por la faena de su torero, se arrancó un broche de diamantes de un zapato y se lo arrojó en medio del coso. Algo que hoy no nos extraña demasiado, conocidas los aspavientos femeniles que en nuestros días han podido verse ante un gallardo diestro, natural de Ubrique.

Pese a todo, el torero prestigiado y borracho de guapeza y gloria tenía que andarse con cuidado, fuera y dentro del ruedo. No en vano pasaría a la historia el fin del Conde de Villamediana por pasarse de listo. Fin que quizá nunca conoció Pedro Romero (Ronda 1754-1839), a quien se atribuye una reflexión en la que está la base del toreo de entonces: «el lidiador no debe contar con sus pies, sino con sus manos, y en la plaza, delante de los toros, debe matar o morir, antes que correr o demostrar miedo».

Los alberos del siglo XIX

El siglo XIX nos presenta ya una serie de ganaderías consagradas, plazas y cosos mejorados y también el emerger, tras la Guerra de la Independencia, de un fugaz liberalismo, un Borbón tan zafio como popular -Fernando VII- (al que, por cierto, se debe la creación, en el matadero de Sevilla, de la primera Escuela de tauromaquia) y

una «afición» desmadrada. Ya un tanto entrado el siglo (1836), conocerá la publicación *Tauromaquia completa* de Francisco Montes, *Paquiro* (Chiclana 1805-1851), en la que se contiene una ordenación precisa y minuciosa del espectáculo. Ordenación que inspirará toda una serie de reglamentos administrativos que regirán ya el espectáculo hasta nuestros días.

Tal reglamentación se hacía realmente necesaria, tanto más cuando en el intervalo de la llamada Guerra de la Independencia tuvo que adecuarse en el primer cuarto de siglo y a las nuevas generaciones la antigua corrida de un número indeterminado de toros -generalmente 12 ó 14- de diversas ganaderías y que se celebraba en dos sesiones: una matinal y otra vespertina. De aquí que empezaron a imponerse los festejos de seis u ocho toros (lo que hasta entonces se llamaba «media corrida») pertenecientes, por lo general, a un mismo criador. Paulatinamente iría modificándose -203- todo, hasta que el reglamento de 1868 -del mismo año de *La Gloriosa*- establecería con carácter taxativo el número de seis toros, a lidiar por tres cuadrillas, solución que se ha mantenido hasta los tiempos actuales.

Por ello, la corrida conoce con el siglo XIX su institución e institucionalización en populosas villas y ciudades, pero a la vez su limitación a «profesionales», desechándose, mayormente, otras prácticas taurinas (encierros, suelta de toros y vaquillas, toros de cuerda o enmaromados, toros embolados y de fuego, lanceamientos cruentos, rejoneos desmesurados, etc.) que siguieron, sin embargo, practicándose en las llamadas «corridos de pueblo»⁴⁵¹. Ahora, con su aceptación urbana, digamos «cosmopolita» que trasciende incluso a Ultramar, el ancestral rito del sacrificio del toro, extendido por toda la cuenca mediterránea y África Menor desde la Prehistoria, se ha desvirtuado sin saberlo al imponerse en nombre de la colectividad con un solo *oficiante* («el matador»), auxiliado por peones y caballistas. En el trance final, con el trasteo de muleta (cada vez más adornado, y «artístico») y la «estocada», el «oficiante» se enfrentará en solitario al animal-totem (?), al dios que ha de inmolar. ¿Acaso no es evidente que para que viva el hombre, ha de morir el dios?

Será sin embargo, ya entrado el siglo XX, cuando los antropólogos, analistas e historiadores de la religión acierten a vislumbrar en las corridas de toros el trasunto de viejos ritos sacrificiales, en los que incluso se imponía el «comensalismo»⁴⁵².

Tales orígenes rituales, digamos sacramentales, quizá expliquen, en parte, el que Roma, es decir la Iglesia Católica, sin ver en la corrida remembranza de posibles taurobolios y criobolios, se mostrase un tanto reacia a aceptarla, incluso tras ser importado a la Ciudad Eterna el toreo a la jineta nada menos que por Cesar Borgia. Sabemos que la polémica se mantuvo en España durante siglos, con bulas breves y decretos que la atizaron, hasta el extremo de crear particular desazón en diversos estamentos, primero bajo los Hasburgo y después con los Borbones que intentaron inútilmente prohibirlas. Al no poder hacerlo, optaron por su institucionalización y con ella vemos que los toros habían terminado por invadir el terreno clerical al incluirlos en variopintos festejos y devociones populares. Sabemos incluso, que el uso de «hierros» y «divisas» taurinas a imponerse en el siglo XVIII, tuvieron un origen monacal. Así, la ganadería de los Cartujos de Jerez, con divisa blanca y los toros del Convento de San Agustín, que la lucieron roja y negra en 1746. También que el uso del herradero lo iniciase un cura ganadero, un tal Antero López.

Realmente podría hablarse mucho, quizá demasiado, sobre las relaciones durante más de un milenio entre Iglesia y tauromaquia. Pero ello nos apartaría de nuestro discurso, incluso refiriéndonos únicamente al siglo XIX, dado que ello nos obligaría a hablar de relaciones, como la coincidencia de la celebración de las fiestas taurinas con un Santo patrón, la Virgen, Hermandades, Cofradías y demás. Sólo diremos aquí, empero, que en el siglo XIX el clero, previendo la Desamortización, optó por deshacerse de las ganaderías. Ello no será obstáculo para que, incluso todavía en el siglo XX, sepamos de acreditadas ganaderías, propiedad de opulentos eclesiásticos. Todavía, tras la Guerra Civil, (1941) hubo algún cura ganadero como Don Cesáreo Sánchez Martín, al que alcancé a conocer con un hierro muy «cristiano» para sus descomunales astados.

Y esto, con la independencia de la existencia de «toros eclesiásticos» que siguieron asimismo vigentes durante parte del siglo XIX y aún en el nuestro, motivando una particular bibliografía costumbrista⁴⁵³. Es obvio que durante todo el siglo XIX a nadie se le ocurrió bucear los orígenes de las corridas de toros más allá de los tópicos impuestos a partir de la obra clásica de Moratín. Ni siquiera a los mismos historiadores les vino a mentes el intentar explicarse cómo en las corridas pudiesen incluirse devociones, pantomimas, variedades y ¿por qué no? mujeres toreras⁴⁵⁴.

Por lo que se refiere a los historiadores del toreo ya aludidos, no faltarán -incluso bastante notables- durante todo el siglo XIX⁴⁵⁵, pero al triunfar las tesis de Moratín, jamás se les ocurrió insistir en la cuestión de los orígenes, ni siquiera hurgando ya en concretas tradiciones culturales, ya en devociones determinadas, a relacionar con fiestas sacras, efemérides, conmemoraciones patronales, festejos, etc. Dicha tarea, ya a mediados del siglo XIX, la asumirían los incipientes «folkloristas», antes que los etnólogos y antropólogos de hoy. Entre aquellos, aunque ya plenamente en nuestro siglo, quizá cabría recordar aquí al músico militar Bonifacio Gil García, -205- cuyo *Cancionero Taurino* recoge diversos legados del siglo XIX, entre los cuales se dan bastantes contaminados por las que llamaríamos «subculturas gitanas» que habrán de poner su granito de arena en toda la tauromaquia de los siglos XVIII y XIX, desde el momento en que los gitanos herreros se incorporan al mundo de los toros. Esta es una cuestión que indudablemente daría para otra comunicación y sobre la que aquí tendremos que pasar de puntillas. Su estudio habría que iniciarse quizá a finales del XVIII con el banderillero gitano *Ojos grandes* del linaje fragüero menor de los Santos, y podría continuarse un siglo después con Juan Antonio García Vargas *El Terrible*, picador en la cuadrilla de Chicorro. Estaba cantado, la decadencia de la fragua se suplió con el toreo y el cante. Bien o mal algunos gitanos que no engrosaron un naciente subproletariado urbano optaron por los toros, primero como subalternos y después como novilleros e incluso maestros durante todo el XIX, aunque sus diestros-estrella despuntarían en los primeros años de nuestro siglo. Así Cagancho, los Gitanillos de Triana, Gitanillo Chico, los Gitanillos de Camas, el Albaicín, etc.

Así, nadie pueda extrañarse que en las letras del siglo XIX se hiciera un tópico de *los toros y su mundo* incluyendo a veces en el mismo el universo gitano y el tema terminase por generar una compleja bibliografía que, independientemente de un sinfín de sueltos y artículos periodísticos, hoy suman más de 5.000 títulos⁴⁵⁶, dando vida a la que cabría llamar «literatura taurina», indudablemente subjetiva, pero que en manera

alguna puede dejarse de lado a la hora de saber del siglo XIX, de sus cánones literarios y artísticos, de sus idearios, de sus inquietudes y de sus creaciones. Así y a la vez que admitimos que la tauromaquia pudo ser objeto de Historia, es obvio que pudo alentar géneros literarios -poesía, novelas, teatro y ensayo etc.-, y fuera inspiración de, pintores escultores, músicos etc.⁴⁵⁷, e incluso motivo de reflexión para folkloristas y pensadores varios.

Es sabido también que, durante todo el siglo XIX, se mantuvo un variopinto periodismo taurino que movió fervores y voluntades, e incluso hizo lógico que el tema taurino llegase a los más dispares géneros literarios.

De aquí que no quepa insistir en el ingente número de publicaciones que se dieron, algunas de escasa vida, ni tampoco cómo éstas llegaron a influir en el canon -206- literario. Señalaremos, no obstante, que muchas de ellas nutrieron las que hemos llamado «tauromanías», ya a favor, ya en contra de las corridas, influyendo en los cánones de la época. El caso es que nadie puede poner en duda que una mayoría de ese «pueblo soberano» que, trascendiendo del Antiguo Régimen y tras la Francesada, deja oír a sus representantes en la Constitución de Cádiz (1812) constituyó, independientemente de su estamento social, la llamada «afición», mayormente a favor de las corridas taurinas y haciendo suyo el lema *¡Pan y Toros!*, que terminaría dando nombre a la pieza musical de Barbieri.

Pero también cabe recordar que, en el mismo siglo XIX, una serie de -llamémosle «literatos-estrella»-, las desaprobaron. Así, Mariano José de Larra (1809-1837), Cecilia Böhl de Faber, (1796-1877), *Fernán Caballero*, cuya novela *La Gaviota* (1849), decididamente taurófoba, cabe recordar; Carolina Coronado (1823-1911) y alguno más, entre los que se encuentran muchos literatos adscritos al costumbrismo romántico y cuya taurofilia no puede pasarnos desapercibida. Así, Ramón Mesonero Romanos (1803-1882), consagrado costumbrista; Santos López Pelegrín, *Abenamar*, a quien debemos la redacción de la ya citada *Tauromaquia* de Montes... También a gentes como Serafín Estébanez Calderón (1799-1867); Mariano José de Larra, en cuyas obras abundan alusiones, anécdotas, críticas y elogios de la fiesta. También cabría recordar, ¿por qué no?, a Eduardo López Bago y su novela zolesca *Luis Martínez, el espada (en la plaza)* (1886).

Por otra parte, todo el siglo XIX nos ha dejado un sinfín de poetas que viven en pleno romanticismo y que no desdeñan el tema taurino. Así Arolas, Arriaza y Maury, pero también Espronceda, el Duque de Rivas y José Zorrilla, quien, al igual que Lope de Vega dos siglos antes⁴⁵⁸, se mostraría un tanto ecléctico.

Ya con la Restauración -lo adelantamos al principio- krausistas e institucionistas se opusieron a la lidia al ver en la misma un claro obstáculo para la soñada europeización de España. Sabemos incluso de una interesante polémica mantenida por Gumersindo de Azcárate y Marcelino Menéndez Pelayo.

Conforme a su ideario, Menéndez Pelayo optaba por retroceder al Siglo de Oro, con sus logros positivos -entre los que nuestro polígrafo incluye su enfrentamiento a la herejía- como un periodo ejemplar. De aquí que viera en el toreo que emerge en el siglo XIX un fruto del rejoneo caballeresco del tiempo de los Austria, legado al vulgo y se empeñase en no ver en la tauromaquia algo negativo para la cultura hispánica. El

filósofo José Ortega y Gasset, en parte producto del 98, quizá pensase lo mismo cuando escribía: «no puede comprender bien la historia de España desde 1650 hasta hoy, quien no se haya planteado con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros en el sentido estricto del término». Para precisar después: «la -207- historia de las corridas de toros revela alguno de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante casi tres siglos».

No obstante institucionistas como F. Giner de los Ríos y Joaquín Costa, exultantes de anhelos regeneracionistas, siempre vieron en los toros algo espúreo y deleznable, que encadenaba a España con África y la alejaba de Europa. Es obvio que todos estos sesudos ideólogos ignoraban que, en el Mediodía francés, en La Camargue, otros europeos vivían apasionadamente un «área cultural del toro bravo», cuyas vivencias inspiraron, ya en nuestro siglo, al francés Henri de Montherlant⁴⁵⁹ (1896-1972) un curioso relato semiautobiográfico, *Los Bestiarios* (1926), que mereció ser cuidadosamente traducido por Pedro Salinas. «Novela de acción» que sin embargo trasciende del siglo XIX.

También trasciende del mismo el caso del poeta Antonio Machado, hermano de Manuel -hijos ambos de Antonio Machado y Álvarez, introductor en España del estudio del llamado *Folklore*-. Antonio Machado, en 1896 y en la revista *El Correo Literario*, se nos presentaría como un auténtico taurófilo, ensalzando al torero *Bombita*. Sin embargo, años después, escribiría aquellos versos inolvidables: «la España de charanga y pandereta/ devota de Frascuelo y de María...». Pero también se expresaría por boca de «Juan de Mairena». En realidad, no sabemos qué pensar. Por su parte, Manuel Machado fue autor de una estupenda composición *La fiesta nacional* (1906), que trasciende del siglo XIX, pero que figura en varias antologías.

Podríamos terminar aquí con la afirmación de que el tema del toro, ese toro cuya piel llegó a convertirse desde siglos antes por feliz comparación del historiador romano Estrabón en un mapa virtual de la Península Ibérica, pudo muy bien configurar todo un canon literario en el siglo XIX, dado que la Edad de Oro de la tauromaquia tuvo ocasión de manifestarse en el mismo quizá a partir de que el torero Francisco Arjona Herrera, conocido como *Cuchares* en la historia de la tauromaquia, hizo posible que se hablase de «El arte de Cuchares». Después, ya en la mitad del siglo XIX, figuras como *Lagartijo* y *Frascuelo* llevaron la tauromaquia a su esplendor. Rafael Molina *Lagartijo*, cordobés mostraba en los ruedos, desde que hacía el paseíllo, una elegancia natural. A su vez, el granadino *Frascuelo*, de enorme arrojo, acabó con el cuerpo cosido a cicatrices. La competencia entre ambos fue hartamente dura en una época en que los toros eran más fieros, de mayor corpulencia y trapío que en la actualidad. Ambos matadores se retiraron a finales de siglo. *Lagartijo*, en 1893, después de haber toreado más de 1700 corridas. El pintor Julio Romero de Torres lo retrató. Le sucedieron otro cordobés, Rafael Guerra *Guerrita*, y Manuel García *El Espartero*, que pereció trágicamente por la cornada de un miura, *Barrigón*, el 25 de mayo de 1894. A él se debió la frase hecha tópico literario «Más cornadas da el hambre». Hoy sabemos, no obstante, que un torero a finales del siglo XIX podía ingresar entre siete y diez mil pesetas, pero un espada famoso podía -208- ganar quizá veinte veces más. Así sabemos que Rafael Guerra *Guerrita*, en una temporada mató 225 toros, cobrando por ello 76.000 duros, pudiéndose retirar rico y acaudalado terrateniente. De aquí que también circulase el tópico «Gana más que un torero». Mazantini, que fue competidor de *Guerrita*, recibiría la alternativa en Sevilla en 1899, último año del XIX. Se retiraría, no obstante, diez años después, haciéndose un

sitio en la política. Y nada más, so pena de salirnos del siglo. Pero permítaseme una observación. Esta es que las tauromanías literarias del 98 trascenderían indudablemente a nuestro siglo en grupos como el que integraron la llamada Generación del 27. Atrás indudablemente habrían quedado antitaurinos como el cubano José María de Heredia y taurófilos como ese gran periodista que fue Mariano de Cavia (quien firmaba sus crónicas taurinas como «Sobaquillo»), pero emergían dubitantes como «Juan de Mairena» a la vez que toreros como Ignacio Sánchez Mejías, que se significó el mismo 1927 como mecenas del grupo, recibiendo en su cortijo sevillano de Pino Montano, y poco después con sus pinitos literarios, hasta que el 11 de agosto de 1934 y tras una irrazonable vuelta a los ruedos, sufriría una dramática cogida en la plaza de Manzanares que le haría inmortal al constituir su muerte el sobrecogedor pretexto para que le cantasen sus amigos poetas: Alberti, Diego, Cossío, Hernández y particularmente Federico García Lorca, que con su *Llanto* hizo revivir para siempre a Ignacio Sánchez Mejías. Y con esta observación ponemos punto final.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario